

## HOMBRE DE GENIO Y DE INGENIO

JAVIER GARCÍA GIBERT

*Universitat de València*

**R**ESULTARÁ DIFÍCIL SUSTRAR a mis palabras de un sesgo personal, pero debo procurarlo. Es imposible conocer personalmente al profesor Benito Pelegrín y hablar sólo de su obra, haciendo abstracción de su “persona”, y podría utilizar este término en su acepción graciana, para referirme simultáneamente a su carácter social –o “teatral” en el mejor sentido en que lo emplea el Gracián de los tratados– y a la vez “con fondos” y de “sustancia”, plenamente ajustado, por añadidura, a muchos de los atributos que el jesuita español confiere a sus “héroes” y a sus “discretos”: hombre “de genio y de ingenio”, de “cultura y aliño”, de “inventiva a lo cuerdo”, de “despejo” y “gracia de las gentes”, y también *-last but not least-* de “señorío en el decir y en el hacer”. Voy a prescindir, no obstante, de los muy gratos recuerdos de índole personal, aunque a mi modo de ver éstos forman parte de la sustancia misma de los verdaderos magisterios intelectuales. Sólo quisiera traer a colación, por lo revelador, mi primer encuentro con Benito Pelegrín, que se produjo en 1990 con ocasión de la lectura de mi tesis *Baltasar Gracián y el ficcionalismo barroco*, de cuyo tribunal él formaba parte.<sup>1</sup> Su inmediata simpatía y calidez actuaron como un bálsamo –no hay que decirlo– sobre el nervioso doctorando que era yo. Pero lo que más provocó mi admiración fue la extraordinaria responsabilidad con la que se tomó el acto. Quedaba claro que no había ido allí para cubrir el expediente. No estaba allí como la gran figura del gracianismo que ya era, sino como un estudioso que tenía devoción por su objeto de estudio y que estaba feliz y dispuesto a hablar sobre ello con un principiante como yo, por encima del tiempo restringido y los severos formalismos del acto.

<sup>1</sup> Este tribunal, a mi juicio magnífico, estaba presidido por Ricardo Senabre y contaba asimismo con la estimable presencia del ponderado y

sensible gracianista Jorge M. Ayala, del lingüista Ángel López García y del entrañable y malogrado profesor y poeta César Simón.

Cuando éste acabó, y en las horas distendidas que siguieron, cuando ya todos los participantes (menos quizá el reciente doctorado) sólo quieren comer y cambiar el tercio, todavía el profesor Pelegrín se hallaba dispuesto -y parecía encantado- a hacer observaciones y puntualizaciones sobre mi trabajo, a partir de la profusión de escolios y subrayados que proliferaban, para mi asombro, en su ejemplar de mi Tesis. Allí me di cuenta de su autenticidad humana e intelectual.

Pero si Benito Pelegrín se encontraba allí en calidad de miembro de un tribunal era, obviamente, porque yo había reclamado con fervor su presencia, y ese deseo es precisamente lo que me gustaría argumentar en esta breve exposición. Para alguien que, como yo mismo, se había iniciado a mitad de los 80 en la investigación sobre Baltasar Gracián, Benito Pelegrín era sin duda la referencia. Con un nutrido número de artículos -desde el brillante de *Poétique* en 1979, "*La rhétorique élargie au plaisir*" (traducido y aumentado al año siguiente para la revista DIWAN con el título "La retórica ampliada al placer")- y un par de libros aparecidos en 1984 y 1985 -*Le fil perdu du "Criticón" de Baltasar Gracián: objectif Port Royal* y *Éthique et esthétique du Baroque. L'espace jésuitique de Baltasar Gracián*- ese profesor hispano-francés de Aix-en-Provence había entrado como un ciclón en el tranquilo mundo del gracianismo y le había dado un giro de 180 grados. Pero ninguna revolución o ninguna conmoción resulta buena por sí misma, a no ser que nos conduzca a algo mejor o más valioso. Y eso es, en efecto, lo que sucedió con sus múltiples (pero siempre orgánicas) lecturas e interpretaciones polémicas sobre la compleja obra graciana: nos permitieron ver a un Gracián perfectamente comprensible en sus recursos y en sus motivaciones y en absoluta coherencia consigo mismo y con su época. Un Gracián, diría yo, pleno de *sentido*. Y ciertamente era de agradecer -digámoslo de paso- esta apuesta permanente de Benito Pelegrín por el "sentido" de la obra y del autor, perteneciendo como pertenece a un país y un tiempo tan proclives a unas tendencias deconstruccionistas que anhelan siempre asesinarlo.<sup>2</sup> Asentado en el respeto del autor y el conocimiento profundo del período barroco, el profesor Pelegrín nunca perdió suelo, y en sus aná-

<sup>2</sup> Al final de su *Éthique et esthétique du Baroque* (Arles: Actes Sud, Hubert Nyssen Éditeur, 1985, p. 224) hay una explícita reivindicación del sentido de la obra y la importancia del autor (en lo que es, a mi juicio, una implícita censura a la orgullosa y alegre arbitrariedad de estirpe derrideana, que tantos estragos ha causado en la crítica moderna y que, ignorando la intención y la misma presencia del creador literario, a menudo toma a los textos como mero pretexto para sus veleidades hermenéuticas). Escribe el profesor Pelegrín: "*A l'heure des bilans, ce retour*

*à l'auteur contre les commentateurs se justifierait, nous semble-t-il, à lui seul: rétablir cette hiérarchie des valeurs, la primauté du texte, est un hommage à l'auteur tout légitime quand il s'agit d'un des plus grands écrivains de la langue espagnole...*" (A la hora de los balances, esta vuelta al autor contra los comentadores se justificaría, en nuestra opinión, por sí sola: reestablecer esta jerarquía de los valores, la primacía del texto, es un homenaje al autor, absolutamente legítimo cuando se trata de uno de los más grandes escritores de la lengua española...)

lisis sobre la obra del jesuita español recondujo el seductor y especioso textualismo telqueliano y los a menudo vanos manierismos críticos que lo rodeaban hacia una exégesis profunda y verdadera, sin malversar la brillantez ni el ingenio expositivo (tan apropiados, por cierto, para la obra de Gracián), pero desechando las veleidades gratuitas y el narcisismo crítico que tanto proliferaban.

A mi modo de ver, las múltiples aportaciones de Benito Pelegrín al estudio de Gracián podrían, pues, resumirse, como ya hemos apuntado, en un par de aspectos fundamentales: la incuestionable unidad de su obra y la rentable vinculación ideológica con su época. Sus investigaciones afianzaron, en efecto, la consideración del carácter e impulso unitarios de la producción graciana; no sólo demostró la unidad y coherencia -la “arquitectura” por decirlo con sus términos- de sus creaciones particulares, sino también -lo que era todavía más importante- la de su singular polifacetismo en lo relativo a temas, registros e intenciones. A pesar de los meritorios esfuerzos unificadores de cierta parte de la exégesis graciana -entre los que pueden mencionarse los de Klaus Heger o Helmut Jansen en la década de los 50-, cualquier investigador sobre Gracián a la altura de los años 80 del siglo pasado no dejaba de experimentar una cierta incomodidad, una insatisfacción crítica, a la hora de examinar articuladamente la obra entera del autor aragonés. A veces se orillaba el problema, pero otras se manifestaba explícitamente y se hablaba de una “enorme distancia” entre los tratados gracianos y el *Criticón* (E. Moreno Báez) o de una “irreductible fractura” entre los planos utilitario, ético y religioso en la producción del jesuita (J. L. Aranguren). Y esta insatisfacción no podía repararse del todo con la apelación del padre Miguel Batllori a la “vida alternante y contradictoria” del autor del *Oráculo* (por más que esta idea intentara afianzarse con una vinculación a la esencia paradójica del Barroco). El profesor Pelegrín no negó, sino que subrayó en sus trabajos, el espectacular salto del primer al segundo Gracián, pero lo contempló desde una lógica conceptista, jesuítica y contrarreformista que nos los hizo perfectamente comprensible.

El gran mérito de Benito Pelegrín fue, en definitiva, proporcionar al estudioso claves necesarias para entender y percibir como un todo la obra de Gracián, demostrando la absoluta coherencia entre sus niveles ético y estético, la teoría y la práctica, la retórica y la vida, el estilo y el pensamiento. En este sentido, fue fundamental su consideración de la *Agudeza y arte de ingenio* (que él, por cierto, asumió el reto de traducir al francés en 1983 con el título *Art et figures de l'esprit*) como la clave de bóveda de la producción graciana, y, sólo a título de ejemplo, resultaron impagables -no sólo por verdaderas, sino también por gráficas- las brillantes relaciones que estableció entre la doctrina del jesuita sobre la agudeza y su expresión práctica y literaria en el *Criticón*, y entre la exposición de estrategias retóricas del conceptismo y la retórica de la seducción e incluso la propia ética (o la “tropológica moral”, por decirlo en palabras de nuestro crítico) que desarrollan sus tratados político-sociales.

Pero, como decíamos, otra aportación decisiva -y, a mi juicio aún más trascendente- de Benito Pelegrín fue subrayar la unidad de Gracián con el contrarreformismo

de su época y con su misma condición de jesuita. Las aproximaciones ideológicas al escritor español producidas a lo largo del siglo XX solían transitar por un par de vías. Por un lado, lo que podemos denominar lectura “heterodoxa”, representada inicialmente por la crítica francesa, desde la inaugural monografía de Adolphe Coster (1913) o los posteriores trabajos de André Rouveyre (1925 y 1927), que hablaban de un Gracián rebelde a las consignas de su Orden y profundamente escindido entre su profesión religiosa y sus intereses profanos. Una parte de la crítica española -Guillermo Díaz-Plaja y, por supuesto, Américo Castro- ensayó un nuevo camino para la heterodoxia graciana al apuntar la posible filiación judía del escritor (algo desmentido fehacientemente con posterioridad). Por otro lado, y en buena medida como reacción nacional a estas lecturas, surgió en una parte de la crítica española una lectura “ortodoxa”, que pugnaba por dulcificar las incómodas aristas de la obra graciana y hacerla amoldable en la medida de lo posible a una moral y un pensamiento convencionales. Correa Calderón se había erigido en el representante paradigmático de esta tendencia. Con su “Introducción” a las *Obras completas* de 1944 y su posterior ampliación como libro dos décadas más tarde, Correa entregó al gracianismo la visión de un autor religioso y ejemplar, que tuvo, eso sí, que bregar duramente con la ciega y vulgar rigidez de sus superiores y con la envidia y resquemor de sus colegas.

Enfrentándose a estas dos perspectivas -heredera la primera de un anticlericalismo y un antijesuitismo de cariz decimonónico, y víctima la otra de una voluntad apologética y cerradamente conservadora-, Pelegrín desbrozó lo que es, a mi juicio, la acertada vía. Advirtió que el espectro de autor subversivo sólo era en Gracián la proyección real de su profundo y radical espíritu contrarreformista. Que, igual que la supuesta mundanización de algunas de sus obras no era más que un producto de la secularización jesuítica, su pretendida heterodoxia sólo estaba en el designio de llevar hasta el límite algunos de los presupuestos más característicos de la mentalidad de su Orden: desde el casuismo moral en sus tratados político-sociales hasta la apuesta por la frecuente comunión en *El Comulgatorio* (una obra por cierto a la que él fue el primero, junto a Fernando Rodríguez de la Flor, en dar la importancia que merece en el contexto de la producción graciana); y desde la teorización del ingenio de la *Agudeza*, que, a la vez que un despliegue de las glorias literarias de la Compañía, suponía la defensa del valor persuasivo de la estética contra la sobriedad protestante o el rigorismo ascético jansenista, hasta el optimismo pedagógico del *Criticón*, basado en la fuerza y el valor jesuíticos de la voluntad. Además de significar un acierto hermenéutico en sí mismo, el camino emprendido por el profesor Pelegrín suponía para el gracianismo apartarle de un error e introducirlo -e introducirnos- en una vía interpretativa de largo recorrido y fecundos resultados.

Significaba, por una parte, aproximar a Gracián y hacerlo entendible sin sacarlo de su contexto ni de su época y sin someterlo a lecturas modernizadoras y postmodernizadoras que lo colocaban en vías y escenarios completamente inadecuados. En efecto, sobre la base muy a menudo de un cercenamiento simplificador de la obra

graciana (limitándose sólo a los tratados político-sociales e ignorando la *Agudeza*, *El Criticón* y *El Comulgatorio*), la extrema admiración que el autor del *Oráculo* provocaba en la crítica francesa daba la impresión de querer convertir al jesuita español en una especie de elegante y descreído nietzscheano o en un pesimista shopenhaueriano *avant la lettre*. Seguidora de esta línea, una más reciente tendencia hermenéutica focalizaba el interés de Gracián en los conceptos de juego, azar, relatividad y artificio, y lo situaba como eslabón de una cadena “filosófica” que lo relaciona con autores del todo inasumibles ideológicamente por múltiples razones (los sofistas, Lucrecio, Montaigne, Hobbes o Nietzsche), cuando no como mentor de los espectáculos sin alma de la postmodernidad o como guía de los apresurados ejecutivos y *managers* de nuestro tiempo. Nadie mejor que Benito Pelegrín reveló estos aspectos “modernizables” del escritor aragonés: subrayó los seductores juegos del artificialismo apariencial del primer Gracián, su afinidad con algunos aspectos de la voluntad de poder nietzscheniano y no dudó en hablar de “marketing” para referirse a las estrategias del autor de los tratados. Pero Pelegrín siempre tuvo presente que el relativismo sofisticado de Gracián sólo era una brillante proyección de la mentalidad jesuítica del probabilismo moral, que la batería de estrategias tácticas de actuación en la vida social corresponde a las que proponía la pragmática ignaciana y que, en definitiva, el cultivo graciano de la apariencia tiene como último fin convocar la esencia (“*l'apparence choisie est vocation qui convoque l'être*”) y que, por añadidura, el fastuoso despliegue “mundano” del Gracián de los tratados -que sólo era una cara de la apuesta secularizadora contrarreformista- debe ser leído desde la perspectiva orgánica que le confiere el trascendentalismo ético del *Criticón* y el horizonte religioso de *El Comulgatorio*.

Ajena a los abusos interpretativos que proliferaron sobre Gracián, sobre todo y precisamente a partir de la década de los 80, la interpretación del profesor Pelegrín postulaba, no obstante, como ninguna otra, una lectura atractiva y “moderna” del escritor aragonés, pero se trataba de una modernidad *histórica* (aunque, a la vez, intemporal) y fundamentada en los recursos éticos, estéticos y existenciales que propiciaba la época. Y ahí reside el referido acierto de largas consecuencias que mencionábamos antes. El genio de Gracián visto por Pelegrín nos permitía descubrir, ampliando el campo a la cultura barroca, muchos tesoros escondidos de ese período y muchas de las virtualidades de una Contrarreforma que no era sólo una superestructura ideológica de carácter coercitivo e inquisitorial, o un poderoso (y ya conocido) agente dinamizador de las artes plásticas, sino que atesoraba estímulos que desarrollaban, a muchos niveles, las capacidades más creativas del ser humano en su relación con el mundo de tejas abajo. Y nos abría también a la consideración de un verdadero humanismo contrarreformista, del cual Gracián es un emblemático representante con su canto a la voluntad, al libre albedrío, a la libertad de juicio, a la discreta separación estratégica entre lo humano y lo divino, a la importancia que le concede a la *paideia* (ese “artificio” necesario que es la cultura) para la noble formación integral de la “persona”.

Y quisiera, para terminar, ponderar precisamente la vocación humanística que preside la investigación graciana de Benito Pelegrín. En el último epígrafe de su magnífico *Éthique et esthétique du Baroque*, Pelegrín se refiere a la circunstancia (sólo paradójica para el pensamiento ideológico de manual) de que el contrarreformismo jesuítico resulta en el caso del autor del *Criticón* “*un monument à la liberté et à la volonté humaines*” que lo coloca del lado de los “*partisans de l’évolution de l’homme par l’acquis culturel contre les tenants des théories de la prédestination ou du fatalisme biologique de l’inné*”. Hay aquí algo más que la oposición de Gracián a la idea protestante del determinismo teológico; se adivina también la postura del crítico frente a los variados determinismos “científicos” de la contemporaneidad que cada vez estrechan más el cerco de la libertad y la dignidad del hombre. Las palabras que cierran el libro son también altamente significativas. Tras declararse escasamente conmovido por la “teología de la ciencia”, que no suele regir, por lo demás, en la obra del arte ni en la más valiosa actividad crítica, Pelegrín nos recuerda el apoyo documental que justifica algunas de sus novedosas propuestas de interpretación graciana, ateniéndose en este sentido “*à la plus rigoureuse science*”. *Mais pour accréditer le rêve*. “Pero para acreditar el sueño”. En esta frase que cierra el libro está toda la sustancia humanística y emocionante de las lecturas gracianas de Benito Pelegrín.